

Pero en México no hay poetas.... Solo esto hay grande: EL PUEBLO. Son los pueblos los que embalsaman en su memoria a los magnos difuntos, a los héroes que asaltan cañones. Son los pueblos los que con su fantasía inquieta y soñadora los despiertan de las tumbas y los revisten con sus afectos; y dicen y suplican y ordenan a las sombras gloriosas: Adelante, adelante, padres, a la libertad! como aquel jefe agonizante gritara a los suyos: adelante, muchachos! (1).

El heroísmo de aquellos modestos guerreros los ha hecho revivir en Zapata y en Villa que vienen sobre sus

(1) En todos los países donde el patriotismo es otra cosa que una simple arma de partido, las artes y las letras se disputan el honor de glorificar a sus grandes hombres. En Europa, la civilización, en éste como en otros respectos, ha traído excesos. En el gesto de Emilio Henry hubo más "pose," más frenesí de notoriedad que verdadero fanatismo. Hombres hubo que mataron sólo por ver su retrato en los periódicos. Pero lo que en los países demasiado letrados es exceso, conviértese en defecto cuando otros son demasiado incultos. El deseo de hacerse notable, de distinguirse entre sus contemporáneos, es la más poderosa palanca para llevar a los hombres a la realización de grandes proezas. Pero no puede existir la emulación sin el ejemplo, ni el sacrificio sin premio: pues nada, en este mundo, puede existir sin la esperanza. ¿Cómo puede concebirse el heroísmo cuando lleva aparejado el olvido? El que sabe que su vida concluye con las paletadas de tierra que cubren su sepultura, rodea su existencia de mil cuidados que la prolonguen, la esconde, la aísla porque no puede aspirar a otra cosa que a la tranquilidad y el ostracismo; pero si ese mismo hombre supiera que su vida podría prolongarse por el recuerdo más allá de la muerte, si contara con la gratitud y el culto de sus pósteros, se inmolaría para ilustrar el nombre que llevó en vida y que sus descendientes llevarán con la noble obligación de conservar su brillo. La historia guarda nombres de individuos que sin ideal, muerto el entusiasmo, perdida la fe y con el alma rota por el escepticismo y el hastío de todos los placeres terrenos, buscaron en la inmortalidad el supremo recurso para la renovación de sus esperanzas....

En México, el culto exagerado de dos exelsas figuras ha perjudicado a la glorificación de mil héroes modestos, ignorados y sublimes. El busto de Hidalgo se admira en el último villorrio de la República. El de Juárez fué tirado a molde a centenares. El espíritu partidarista se cuele en los más delicados pensamientos. Cada ciudad, cada pueblo, tiene un nombre ilustre en su historia local, pero nuestra manía de ensalzar a los conocidos nos hace olvidar a los humildes. En el Paseo de la Reforma, en México, abundan las estatuas de generales y abogados, pero, en toda la República, jamás he visto la estatua de un simple sargento, lo cual prueba, en justo análisis, que no se le concede más importancia a la osamenta de nuestros héroes humildes que al bagazo triturado del molino....



caballos grandes por Norte y Sur. Otros países tienen poetas. Los nuestros serán arrojados al mar, con todo y liras, por los grandes caballos de los grandes mestizos. Los poetas alemanes cantaban de Barbaroja dormido en su palacio—gruta hasta que los cuervos lo despertasen a aletazos y hasta que la espada, golpeando sobre el suelo, le advirtiera la hora de restablecer el sagrado imperio. Pero para sentir tan magnánimas y sonrientes esperanzas, en medio de la desesperación, con el enorme peso de la esclavitud en las conciencias, los pueblos necesitan, al emanciparse de sus tiranos, un gran fundamento de idealidad. Los "poetas" mexicanos del Sur no son libres ni son grandes, porque son ingratos. La sublime carcajada de Kléber inspiró a Hugo, no porque Hugo fuera poeta, sino porque Hugo era pueblo, hijo de un pueblo cuya grandeza consiste, principalmente, en que sabe glorificar a aquellos de sus hijos que en algo han contribuido a su libertad, a su gloria, a su progreso. El estrago militar de México tuvo por primeras víctimas a los sacrificados de Balderas. Esperemos las grandes legiones de Obregón y de Villa en cuyos fuertes cráneos anidan los espíritus de aquellos grandes muertos. Si scopron le tombe....

He dicho que Huerta jamás pacificará a México. Y hoy traigo un testigo. Se llama Confucio. Dice así: "Que un príncipe cultive la virtud y el pueblo en masa acudirá a su alrededor; con el pueblo irán a él las tierras; las riquezas le permitirán hacer buenas obras. La virtud es la raíz y la riqueza el fruto". Y en otro lugar: "Jamás ha ocurrido el caso de que, amando el soberano la benevolencia, no amasen sus súbditos la justicia."

Mencio sigue sus mismos pasos y dice: "Es imposible regir un pueblo sin someter sus corazones." Ambos definieron este requisito indispensable en el soberano, diciendo: "Benevolencia: la benevolencia es el hombre." Bajo el régimen del feudalismo que en México ha dege-

nerado en militarismo (la historia se repite), a la benevolencia deberemos el vernos libres de un despotismo del peor género, pues Carranza ama al pueblo y esto basta para que lo consideremos "benévolo." Y no se me arguya que sus procedimientos "en la guerra" se parecen a los de Huerta. No es lo mismo ser riguroso en nombre del restablecimiento de la ley, el honor, los derechos públicos, que mostrarse diabólicamente autoritario con una autoridad usurpada y que no lleva otro fin, en suma, que la satisfacción de bajas pasiones y el aplastamiento, tras de la sumisión, del pueblo.

Los chinos, los hijos de Confucio, están probando que son tan batalladores como los mexicanos cuando se trata de conquistar la libertad. Lo que Confucio dijo para los chinos, ¿por qué no ha de ser cierto para los mexicanos? Y si lo es, ¿qué gobernante de México fué más benévolo que Madero?

Cuando visitamos en la Habana a la madre y a la viuda del Maestro, estas pobres mujeres, con la herida aún sangrando del corazón, pues apenas habían pasado unos quince días desde la terrible tragedia, la heroica viuda sólo exhaló esta queja: "¡Pobrecito, tan recto y tan bueno!" Y eso es: tan recto y tan bueno. Nada fué más repugnante para Madero como los actos disimulados o las empresas tortuosas. Un bushi japonés define el concepto de la rectitud como una facultad de resolución: "rectitud es la facultad de decidir cierta línea de conducta, de acuerdo con la razón, sin titubear; morir, cuando es justo morir; matar cuando es justo matar". Otro habla de ella en los siguientes términos: "rectitud es el esqueleto que presta firmeza y mantiene la estatura. Así como sin huesos la cabeza no puede descansar sobre el cuello, ni las manos moverse, ni los pies sostenernos, así también, sin rectitud, ni el talento ni el estudio pueden convertir un ser humano en un hombre selecto y superior. Si ella existe, la falta de otras



buenas cualidades no significa nada". Mencio llama a la benevolencia "espíritu del hombre" y a la rectitud "su camino". "¡Cuán lamentable, exclama, es olvidar el camino y no seguirlo, perder el espíritu y no saber buscarlo! Cuando se pierden, las aves y los perros de los hombres, saben encontrar de nuevo a sus dueños; pero estos pierden su espíritu y no saben buscarlo". Y más lejos: "La rectitud es un camino recto y estrecho, que el hombre debe tomar para recobrar el paraíso perdido".

Madero mató cuando debió matar. Madero, presidente de una república constitucional, no representaba más que un poder. Era un "ejecutor", no un "soberano." Salvó a Navarro porque así le convenía iniciar su política, pero si la ley hubiera puesto en sus manos a Félix y socios, la mano del "ejecutor" habría caído implacable sobre la cabeza de los culpables. Madero no "perdonó" a Díaz, como no "perdonó" a Reyes. Este reproche de sus partidarios es el más necio y el más inconsecuente de todos. Yo mismo caí en ese error, pero hoy día, contrito, haga mi "mea culpa" y rindo este tributo al titán que contra todos nosotros, pobres criaturas, supo elevarse sobre intereses terrenos, rehusándose tenazmente a sacrificar una sola parcela de sus principios. Perezca Francia, pero que se salven los principios, decía un convencional célebre. Pero no nos apartemos de nuestro asunto. La rectitud es hermana gemela del valor. El valor es apenas digno de contarse entre las virtudes, si no se pone al servicio de la justicia. Confucio, en sus "Analectas", define el valor explicando, cómo es su costumbre, que cosa es lo contrario. "Conocer lo que es justo, dice, y no ejecutarlo, demuestra falta de valor". Pongamos esta definición en forma positiva y tendremos: "El valor consiste en hacer lo que es justo". Correr toda clase de peligros, ser tirano de sí mismo, lanzarse sin alto fin a las garras de la muerte, son cosas que se aplauden injustamente. En los preceptos de la caballería, la muerte por causa indigna, o sin causa, se llamaba "muerte de perro". Cualquier quidam, por borrachera o idio-

tez o lo que es tan común en América, por hacerse una reputación de bravura, puede arrojarse a una batalla en el momento más encarnizado; pero el verdadero valor está, como dice el bushi, "en vivir cuando es justo vivir y morir cuando es justo morir."

En tiempos en que la astucia, esa forma inferior y despreciable del talento, pudo pasar por tacto militar, y la falsedad por ardid de guerra; el condotierismo por necesidad sancionada por la costumbre; la traición por recurso y el valor pulqueril por virtud, Huerta pudo haber sido un hombre notable, aunque quizá, si no creemos mucho a sus panegiristas, habría sido solo un buen sacrificador, un buen verdugo; pero nuestro sentimiento, nuestra cultura, nos permiten distinguir entre valor moral y valor físico, entre el "gran valor" y el "valor de un villano" El valor de Cristo y el valor de Timoteo Andrade. Nuestro héroe es Madero y no su antípoda. (1).

(1) De labios de muchas honorables personas —plácidos boticarios, untuosos curas, notarios probos, cumplidos oficinistas y aún "hijas de Marfa" que rezan el triduo "por la paz,"— he oído estas palabras que siempre me han dejado pensativo: Huerta es muy templado....

Entre ellos, un amigo hacendado, excelente hombre que va a misa, se confiesa y jamás se desordena. Mi hombre tiene cuatro hijos, muchos amigos y... un bulldog, cuya especialidad consiste en no ladrar, no hacer ruido y asesinar a sus congéneres con académica maestría, con todas las reglas del arte. El animalito —"más simpático cuanto más feo"— permanece horas enteras echado sobre su barriga, el hocico descansando sobre sus patas delanteras, elásticas y duras como resortes de acero. Nada turba su inmovilidad de esfinge. Si os acercáis a él, con todas las precauciones que inspira la proximidad de la bestia dañina, os mira de soslayo, no con la mirada de "hombre honrado" del perro de Víctor Hugo, sino con un aire cruel y agresivo que os aleja de él instintivamente. ¿Qué utilidad tiene este animal? Su amo, demasiado perezoso, no es cazador. ¿Los ladrones? El animalito sólo acomete a sus congéneres. Jamás advierte, sino que acomete. Jamás lucha, sino que asesina. Sobre la terraza, acecha a sus víctimas pacientemente. Un pobre can, un humilde perro de indio se aventura por la troje, hambriento y despelado; el bulldog abandona su quietud y, seguro de no correr ningún peligro, se dirige a él pausadamente. El perrito indio mueve la cola, encorva el cuerpo, zalamero, insinuante, como para trabar amistad: el bulldog se acerca, lo huele un poco para enterarse sobre sus intenciones, lo coge por el pescuezo y de una sacudida lo estrangula. Cada animalito sacrificado es para mi amigo un motivo más de reprocio orgullo. Imcomparable. su perrito. Hoy mató tres, ayer cuatro. ma-



Yo divido la vida pública de Madero en tres grandes períodos: El de preparación cívica, el guerrero y el presidencial. En el punto de vista del "valor", dos de estos tres períodos opacan al segundo, tan brillantes son, pues si bien es cierto que asistió a batallas y aún fué herido, nada hizo más que cualquier jefe, porque no fué "necesario" hacerlo. En cambio, ¿qué mexicano no fué testigo de su gira cívica preparatoria, sin aterrorizarse por los peligros que su arriesgadísima, pero "necesaria" intrepidez le hacían correr? Y en cuanto a su período presidencial, ¿quien podrá desconocer su compostura, su tranquila presencia de espíritu, su perfecta ecuanimidad en medio de las seis revoluciones que no lograron perturbarlo ni inmutarlo siquiera; su admirable resistencia, su "audaz paciencia" ante la formidable campaña de prensa que no perdonó nada ni en él ni en su familia, abultando, mintiendo, calumniando? El valor santo y sereno de Madero no se manifestó nunca en la fuerza bruta, sino en una formidable lucha intelectual que puso en juego estos tres altos y hermosos atributos que tan raro es ver reunidos:

*Rectitud, valor, benevolencia.*

Y si tanto se admira la resistencia de Huerta, ¿por qué no se admira la de Zapata? El caudillo suriano ha resistido tres años en muy diferentes condiciones, pues no es lo mismo encontrarse, como Huerta, ocupando un puesto mucho más alto de lo que pudo soñar durante

ñana mata cinco.... Y el hombre palidece cuando le avisan que Zapata anda por los contornos....

Aquellos boticarios, aquellos oficinistas, aquellas "hijas de María" sienten espasmos de admiración cuando se habla de Huerta-bulldog. Si os manifestáis sorprendidos, replicarán: También sus enemigos matan. Claro, reponemos nosotros, también el león mata: pero si el bulldog asesina sin derecho, si mata por matar, el león jamás acomete si no es por hambre o para defender su vida. Sin el león Villa, el bulldog Huerta seguiría por muchos años asesinando al pueblo. Si el perrito indio de mi cuento se defiende y mata al bulldog, quien se atreverá a condenarlo?

sus más agudos delirios de mariguano en una vida ya larga; naturalmente influenciado por toda una corte de advenedizos y plutócratas que lo proclaman como el más grande de los hombres, porque de su permanencia en el poder depende toda la tranquilidad del presente, la conservación o la elaboración de su fortuna y el aseguramiento para ellos, en el futuro, de la libertad personal y de una vida regalada y fastuosa en cualquiera de las grandes capitales europeas; no es lo mismo encontrarse rodeado de honores, con todas las seguridades que presta la celosa vigilancia de una policía especialmente dedicada a proteger su querida existencia con sus mil ojos fijos sobre el que en la sombra y con las infinitas precauciones que el terror inspira, conspira contra ella, no es lo mismo encontrarse rodeado de funcionarios, diplomáticos y capitalistas vestidos de frac que imploran amparo y protección, comiendo bien, durmiendo bien, viviendo bien, que vivir la vida de un Zapata en constante acecho, a salto de mata, con todas las incomodidades, las penalidades y los peligros inevitables, por más que se diga, en la vida del guerrillero mexicano.

Huerta representa los intereses de los eternamente fuertes: los ricos. La posición que ocupa es no solo aceptable sino envidiable para cualquiera que, poseyendo su mentalidad, carece de todo escrúpulo y no se siente molestado por el menor remordimiento, ni cohibido por sentimientos de responsabilidad ante el país y ante la historia que, en una conciencia normal, son siempre fuente de graves conflictos.

Su encumbramiento partió de un cálculo mercenario, en vista de una recompensa inmediata y positiva, traicionando y asesinando al jefe que lo había elevado, ejercitando actos de violencia que ultrajan a la naturaleza, atentando contra los más elementales derechos de personas con frecuencia inofensivas. Para traicionar a su protector, asesinarlo y suplantarlo, Huerta no tuvo para nada en cuenta ni su origen indio, ni su honor de



soldado, ni su deber de patriota. Recordemos a Labruyère: "el despotismo no tiene patria".

El patriotismo no reviste la santidad de su carácter sino en la guerra defensiva, cuando se levanta a los pueblos para defender el derecho y la libertad contra la injusticia y la opresión. Aún vencido, la conciencia de la Historia le guarda un respeto que no concede jamás al vencedor en el orgullo de su triunfo. Los galos de Vercingetorix contra las legiones romanas de Cesar; los compañeros de Juana de Arco arrojando a los ingleses de Francia; los trescientos mil boeros oponiendo su pecho como una muralla a un imperio de doscientos millones de habitantes; las chusmas de campesinos franceses agolpándose a la frontera para impedir el avance de la coalición monárquica contra su libertad naciente; no han hecho más que la gleba mexicana sublevándose hoy día contra sus tiranos, contra los que en 1821 le birlaron su independencia, contra los que lejos de considerarlos como compatriotas, pretenden prolongar sistemas de vasallaje de iniquidad y de abuso. Los pueblos que se revelan contra la tiranía de dentro o de fuera, de su país o del extranjero, ofrecen al mundo el espectáculo del patriotismo en lo que tiene de más legítimo, de más glorioso y de más venerable.

El feudalismo mexicano es tanto más odioso y la insurrección plebeya, la gran jaquería mexicana tanto más gloriosa, tanto más justa su causa, cuanto que, *en el feudalismo europeo, lo mismo que en el samuráismo nipón, la plebe no participaba en la guerra más que por el impuesto.* El honor de defender el suelo patrio correspondía solo a los señores, y si en México, este honor se encomienda a los indios, no es, seguramente, para honrarlos. Para defender el orden o el territorio, como para conquistar la libertad, en México, con pocas excepciones, no se derrama más que una sangre: la sangre india. (1).

(1) von Moltke dijo que los pueblos cuya paz se prolonga con exceso, pierden sus cualidades viriles. Las palabras de un hombre de guerra no pueden ser

Para defender el dogma católico que condena *toda especie de rebeldía sin distinción*, los doctores de la Iglesia han dado excelentes razones políticas y filosóficas. Si cuando Huerta llegó al poder, por medio de los criminales procedimientos conocidos de todo el mundo, el Alto Clero Católico, sin que nadie pudiera exigirle una protesta siquiera, hubiese probado su obediencia al dogma encerrándose simplemente en la más absoluta neutralidad, mostrando una cristiana resignación ante la situación impuesta por *la más infame y descarada de las rebeldías*, aquellos de los numerosos maderistas que siempre hemos sentido por la religión de nuestros padres el más profundo respeto, habríamos considerado su silencio como la mejor prueba de su honradez y disciplina.

En el curso de estos apuntes he procurado rehuir a toda alusión religiosa porque siempre he desconfiado de la impostura complacientemente acarreada por todos mis paisanos demasiado resentidos aún del espeso am-

autoridad en este capítulo; pero a los que nos lamentamos de los horrores de la guerra, los siguientes conceptos del hombre más manso y bondadoso que jamás haya existido, Ruskin, pueden servirnos de consuelo;

"Cuando os digo (afirma en la "Corona de olivos silvestres") que la guerra es el fundamento de todas las artes, quiero decir también que es el fundamento de todas las virtudes y facultades elevadas del hombre. Es muy extraño y muy horrible para mí descubrir esto; pero he visto que es un hecho innegable. . . En suma, he encontrado que todos los pueblos hallaron en la guerra la verdad de sus palabras y la fuerza de su pensamiento: que se nutrieron en la guerra y perecieron en la paz: que la guerra los enseñó y la paz los engañó; que la guerra los levantó y la paz los derribó: en una palabra, que nacieron en la guerra y murieron en la paz".

Si bien es cierto que hace esta honrada restricción:

"Si a vosotros, señores de este reino o de cualquier otro, os gusta hacer de los combates un entretenimiento, hacedlo a vuestras anchas, pero no dirijáis desde la verde pradera, convertida en tablero, a los desgraciados peones campesinos. Si ha de ser esto un juego de muerte, exponed vuestras propias cabezas, no las de ellos." Los dioses, desde la nube olímpica, se interesarán por una bella lucha y estarán con vosotros; pero no lo estarán si cogéis sitio sobre los costados del anfiteatro, en el cual las montañas del globo son las gradas y sus valles la arena donde colocaréis vuestros millones de ciudadanos en una guerra de gladiadores.



biente expresamente creado para mantener sistemas que, dentro de la verdad, habrían bien pronto sucumbido. Durante mi largo viaje, emprendido a raíz de la Tragedia que costó la vida a los hombres más honrados de la República, muchos proscritos de distinto credo trajeron a mi conocimiento multitud de crónicas que, alejado del país, con el corazón asqueado de mentira y de chisme, creí siempre imaginadas por la fantasía siempre alerta de sectarios que jamás dejaron de serme odiosos. Pero debo, al fin, rendirme a la triste evidencia. Es verdad que muchos curas han abusado de su posición para arrojar, desde el púlpito, todo el veneno de un odio imbecil, incomprensible y funesto. Maderistas ha habido que fatigados de la saña de ciertos predicadores, tuvieron que alejarse de las prácticas religiosas. No puede negarse hoy día que el nefasto Partido Católico ha causado más daño a la Iglesia que la huracanada palabra de aquella pobre histórica cuyos discursos al aire libre, pronunciados ante cincuenta fervientes de Vargas Vila, despertaron el rencor de los mogigatos contra el *más cristiano*, más tolerante, más respetuoso y más legítimo de los gobiernos. El torrente revolucionario tendrá que arrancar de la Iglesia Mexicana la mala yerba que la deshonorra y emponzoña.

La experiencia de la Historia nos enseña que las revoluciones las promueven los cuerdos y las acaban los locos. Durante toda su primera etapa, como revolución y como gobierno, la Revolución Mexicana no conoció más que cuerdos más o menos acertados, más o menos hábiles, pero respetuosos de todas las creencias. Algunos malos curas, obedeciendo a degeneradas autoridades y con beneplácito del hombre *peor que Judas*, han traído a la Revolución tras del odio que provocó Huerta, un nuevo viento de demencia que puede llevarnos a terribles represalias. Los mexicanos, que, como todos los nacidos católicos, jamás penetramos en un templo de la religión ancestral sin sentirnos conmovidos por la magestad de la más antigua de las instituciones humanas, a la

que están unidos los más puros recuerdos de nuestra infancia, lo deploramos profundamente, pero a cura o masón, a cualquiera que provoque la más infame de las luchas que pueda venir después de la que provocó el satánico ahijado de los arzobispos, lo maldeciremos con toda el alma! (1).

Jamás los extranjeros y los criollos de la Capital han estado en tan perfecto acuerdo. Ayer, un distinguido sudista me dijo que Wilson, el Presidente, era un bri-

(1) Pocos meses antes de la Tralción, un entendido escritor agrario, don Antenor Sala, publicaba en "Nueva Era" el siguiente artículo lleno de previsión, de caridad y de cordura:

## AL CLERO MEXICANO.

### I

La religión es inmortal porque brota de ese instinto perenne, que exige al hombre sentirse un ser cósmico, cuyo principio y fin se hayan como truncados, como incompletos, cuando su mente pretende referirlos tan sólo al planeta en que sin duda nace y muere. La religión es inmortal, como la verdad; pero la Ciencia que es expresión subjetiva de ésta, se ensancha, progresa, se desenvuelve.... Así el sentimiento religioso que es imperecedero, se ha expresado en las religiones positivas: variables, progresivas, en perpetuo desenvolvimiento.... Yo me inclino respetuoso ante la religión positiva de mi raza y de mi Patria, de mi hogar de niño y de mi hogar de hombre. Yo siento profundo respeto por las glorias de su Iglesia y admiro a los varones insignes que consuelan su esplendorosa Historia: así es que fué con pena intensa, cómo penetró en mí la convicción, de que realmente respetables Príncipes de nuestra Iglesia nacional, prestaban el apoyo de su prestigio al Partido Político, que con el nombre de Católico, iba a emprender la ruda y áspera lucha que todos hemos visto iniciarse o ir desarrollándose desde el triunfo de la revolución de mil novecientos diez: sin que tal Partido trajese en su Programa, nada grande, nada digno de la Religión, ni de la Iglesia cuyo nombre tomaba, al parecer como un simple velo que ocultase más o menos el que históricamente le corresponde, que es el de CONSERVADOR.

El Catolicismo, la Religión ¿tienen acaso que emprender una lucha política en nuestra Patria?

La Iglesia en México está sin duda, frente a frente de una inmensa labor no cumplida, labor de piedad, de amor, de caridad, de justicia; pero precisamente para llevarla a cabo, le estorbaría la política, porque la Iglesia necesita ostentarse como una cumbre, como un punto luminoso en las alturas, intocable por las pasiones políticas, para que hacia allá dirija sus miradas el